

ARQUEOLOGIA DEL MAR CHILENO

O.R. Ortiz- Troncoso

Ph. D.

"La necesidad que tienen de navegar muchas veces de una isla a otra, donde el mar ciertamente no merece el título de Pacífico, los hace muy buenos marineros."

(El abate Juan Ignacio Molina, refiriéndose a los habitantes de Chiloé, en *Historia Natural y Civil de Chile*, 1788).

Introducción

La multiplicidad climática y geográfica de Chile es proverbial: Desierto, cordillera, selva, lagos, ventisqueros, fiordos y archipiélagos son sólo algunos de los elementos que en compleja disposición llegan a constituir el territorio de esta nación situada en el extremo sudoccidental de América. Son estos mismos rasgos contrastantes los que llevaron hace medio siglo a Benjamín Subercaseaux a atribuir con justicia a Chile la posesión de una "loca geografía", definición que se ha hecho internacionalmente conocida. Sin embargo, junto a estos componentes que otorgan variedad, existe otro que actúa como unificador: El océano Pacífico, cuyas aguas bañan no sólo las extensas costas del Chile americano, sino que también las de su posesión antártica e islas más distantes, incluyendo la polinesia Rapa Nui o Pascua. Esto —cabe aquí señalarlo— es lo que concede además a Chile la particularidad de ser país tricontinental.

La omnipresencia del Pacífico en el territorio nacional es algo fuera de discusión, pero la curiosidad científica va más allá de esta constatación. La explotación de los recursos del mar y el transporte marítimo son posibilidades que —ya existe conciencia— deben fundamentarse en estudios a veces de apariencia exclusivamente teórica, pero que terminan aportando conclusiones que dan base racional a los múltiples usos que hacemos del mar que nos pertenece. No actuar así restaría eficacia al aprovechamiento del territorio marítimo y, lo que es peor, podría conducir a desastres ecológicos de irreversibles efectos o difíciles de paliar a breve plazo. Aunque aparentemente alejada de esta problemática, la arqueología puede—no obstante— hacer un aporte de real interés, especialmente en lo que tiene relación con la inspiración de una conciencia que prevea y salvaguarde. En 1520, Hernando de Magallanes era el primer europeo que entraba en contacto con el actual territorio nacional al embocar sus naves el estrecho que recibiera su nombre, con lo cual también descubría para España lo que hoy es el Mar chileno. Han transcurrido desde ese momento poco más de cuatro y medio siglos en los cuales las modalidades sociales, políticas y administrativas ibéricas —y más tarde las criollas— tomaron posesión del país estableciendo poblaciones tanto tierra adentro como a lo largo del litoral. Esto último condujo al paulatino desarrollo de la marina comercial; la carpintería de ribera y la pesca, desde simples formas artesanales hasta la industria más competitiva de los últimos decenios, conllevando además el establecimiento de un sistema defensivo de la integridad de este territorio marítimo

Pero frente a "cuatro y medio siglos" de presencia europea y criolla en el Mar chileno hay que oponer por lo menos "ochenta" de comprobada presencia indígena prehispánica sobre es las mismas costas, pudiendo especularse que sean todavía muchos más según se desprende de recientes hallazgos. El resultado de esta comparación sorprende por su desproporción y atrae, al mismo tiempo, al entrecerse en él la potencial riqueza arqueológica de nuestro litoral. No se refiere esto exclusivamente a la recolección de restos

dejados por aquellos que nos precedieron en la lejana prehistoria, sino que más bien al cúmulo de experiencia marítima allí testimoniado, huella de inúmeras generaciones que supieron adaptarse con un mínimo de recursos a climas no siempre amables, como el extremadamente árido de la costa nortina —sólo atenuado por las camanchacas— o el húmedo y frío de los canales australes. Durante miles de años esos hombres de mar — porque, aunque con frecuencia se olvide, lo eran tanto como los marinos y pescadores actuales— consiguieron una equilibrada explotación del litoral junto al cual vivían, en una armonía que contrasta con la avidez de nuestra era industrial no siempre preocupada de la calidad del océano que legará a las futuras generaciones.

La reconstitución de la vida de aquellas pretéritas poblaciones que estuvieron asentadas sobre la margen marítima es posible a través de la arqueología; para lograrlo, esta ciencia busca apoyo en otras disciplinas, tales como la antropología física, la biología marina, la geomorfología, la hidrografía, etc. Aproximándose en el tiempo, para el conocimiento de los pueblos aborígenes (o etnias) cercanos o inmediatamente posteriores a la conquista hispánica —es decir, en la fase protohistórica de las culturas autóctonas— la arqueología debe recurrir a la colaboración de la etnohistoria.

Al cerrar esta introducción debemos entregar una explicación del título elegido y de su alcance. Con la expresión "Mar chileno" deseamos destacar la unidad territorial, pero esto nos compromete a entregar una síntesis del pasado —visto desde el ángulo arqueológico— de los grupos marítimos que ocuparon en la prehistoria las costas de ese mar. Esto incluiría el litoral de Chile en América, Pascua y la Antártica. Sin embargo, no es posible abordar en un corto número de páginas temas tan amplios y disímiles, ya que Pascua corresponde a un ámbito cultural extraamericano; por ende, sin relación con el mundo precolombino de nuestro continente. La Antártica, por su parte, no estuvo poblada en la prehistoria y la aplicación de la arqueología queda circunscrita entonces al inventario de testimonios históricos recientes, lo que podría conducir al conocimiento de las modalidades de instalación y sobrevivencia de los balleneros y loberos que tuvieron allí sus bases en el siglo pasado. Un buen ejemplo sobre este particular son las investigaciones que con el patrocinio del Instituto Antártico Chileno se han estado llevando a cabo en las islas Shetland del Sur.

Estas líneas dejan ver asimismo que la arqueología no está limitada a la prehistoria y que penetrando en terreno histórico y tomando orientación marítima caen también en su esfera de actividad las investigaciones relativas a la construcción naval de siglos pasados, la vida de las tripulaciones (en base al hallazgo del equipamiento de los navíos), las defensas costeras y un sinnúmero de otros temas. Es decir, múltiples fragmentos de la realidad, que recuperados por la actividad de los arqueólogos se vierten hacia el conocimiento histórico. En Chile esta faceta recién comienza a ser objeto de atención; su imagen más difundida es sin duda la arqueología submarina. La misma limitación de espacio, a que aludíamos, nos obliga a circunscribirnos por ahora a desarrollar esta síntesis en torno al tema central de las poblaciones prehistóricas que ocuparon las costas del Chile americano —de Arica a Tierra del Fuego— y mencionando sólo los capítulos más sobresalientes de ese pasado varias veces milenario.

El inestable litoral

Las huellas de los más antiguos habitantes de Chile han sido descubiertas de preferencia en lugares que les sirvieron de refugio o en los cuales practicaron cacerías de grandes hervíboros, incluyendo algunos ya desaparecidos (mastodonte, milodón, etc.). Estos yacimientos prehistóricos (una decena según nuestros actuales conocimientos) están distribuidos —sin particular vinculación con el litoral— desde el Norte Chico hasta la isla

grande de Tierra del Fuego. Su antigüedad se remonta a unos 10 mil años antes de nuestra era.

Por su parte, los lugares que conservan evidencias de una explotación prehistórica intensiva de recursos marinos son más recientes que los recién señalados, ubicándose al interior del Holoceno. Este período climático inicióse unos 8 mil años a. de C., luego del Pleistoceno, que estuvo caracterizado por prolongados ciclos fríos (o glaciares) que afectaron directamente o indirectamente a todo el planeta. Esto último tiene una clara incidencia sobre el conocimiento arqueológico de las regiones litorales, ya que el límite entre tierra y mar es fluctuante y viose afectado por estos cambios. La acumulación de enormes volúmenes de agua en campos de hielo —de millones de kilómetros cuadrados y considerable espesor— durante los ciclos glaciares provocaba una disminución del nivel general de los océanos o "regresión marina". Consecuentemente, las temperaturas más altas de los ciclos intermedios o interglaciares (a veces con temperaturas medias anuales superiores a las actuales) se traducían en un retorno a las cubetas oceánicas de aquellas masas de agua antes retenidas sobre las tierras emergidas, acarreado un notable incremento del nivel marino y la inundación de vastas zonas, fenómeno designado como "transgresión marina". Si bien las consecuencias de regresiones y transgresiones fueron de mayor amplitud durante el Pleistoceno, también pueden apreciarse dentro del período climático que estamos viviendo, el ya mencionado Holoceno. Este juego de causas y efectos no está detenido, ya que tampoco lo está la evolución del clima del planeta.

Otro decisivo factor de cambios es el de la presión ejercida por los glaciares sobre su soporte. Debido a la elasticidad de la corteza terrestre, las regiones costeras que estuvieron sometidas al considerable peso del hielo por largos períodos bajaron de nivel, volviendo a levantarse progresivamente al quedar liberadas de él, situación presente en los sectores occidentales de Patagonia y Tierra del Fuego. Desde luego, estas variaciones en relación con el nivel del mar se desarrollan con tal lentitud que son imperceptibles a lo largo de unas pocas generaciones, siendo necesario mirarlas a escala de tiempo geológico para estimar su importancia. No obstante, suelen ocurrir alteraciones costeras puramente locales (a veces de carácter tectónico) que alcanzan a ser suficientemente rápidas como para constatarlas a breve plazo.

Todo esto no es sino la demostración palpable de que el límite tierra-mar es dinámico y que los vestigios de asentamientos humanos que sobre él reposan se han visto afectados por los cambios señalados. Yacimientos arqueológicos originados por pescadores prehistóricos durante períodos de nivel marino bajo, pueden haber sido inundados y destruidos por un posterior incremento del nivel de las aguas. Al contrario, otros que en el pasado estuvieron situados junto al límite de las altas mareas pueden encontrarse hoy, debido al levantamiento de la costa, a cierta distancia de la playa y a varios metros por encima del actual nivel del océano, es decir, en una posición muy diferente a la que ocuparon en su primitivo entorno natural. Casos de este tipo han sido comprobados en varios puntos del litoral chileno.

Las primeras aldeas de pescadores del Norte Grande

La costa nortina estuvo suficientemente provista de peces, mariscos, algas, aves y mamíferos marinos como para que pescadores, recolectores y cazadores sintiesen su atracción y se instalasen en ella a lo largo de siglos. Como testimonio han quedado las improntas de sus viviendas, restos de alimentación y cementerios, todo lo cual —conservado por la aridez del medio— permite hoy conocer sus formas de vida. El bagaje cultural de los primeros habitantes no incluía ni agricultura ni alfarería (de lo que deriva el término arqueológico "preagroalfarero" aplicado a ese período). Luego la agricultura se hará

presente en forma rudimentaria y sigue el maíz, planta que provocará más tarde una auténtica revolución económica en la América precolombina. La alfarería, la metalurgia (cobre, oro, plata) y diversas otras tecnologías irán siendo adoptadas paulatinamente.

El primer arqueólogo que dio una base científica estable al estudio del hombre primitivo del litoral nortino fue Junius B. Bird, del American Museum of Natural History de Nueva York; esto sin desconocer el mérito de pioneros que estudiaron la zona con anterioridad a él. Por medio de excavaciones conducidas con rigurosidad metodológica determinó la sucesión de diferentes niveles culturales y cronológicos presentes en algunos yacimientos arqueológicos del área, especialmente en "conchales", es decir, aquellas acumulaciones masivas de restos de origen marino asociados a vestigios de viviendas, verdaderos archivos del pasado. Como ejemplo, en las vecindades del puerto de Arica existen dos sitios arqueológicos —Quiani y Chinchorro— que han contribuido al conocimiento de la pauta del más antiguo desarrollo de las culturas locales. El conchal de Quiani, excavado por Bird en 1941, reveló la existencia de dos fases preagroalfareras. La primera se inició hacia 4.200 años a. de C. con una población que cazaba y pescaba utilizando arpones con punta lítica y anzuelos fabricados de dos maneras: Unos eran hechos con un fragmento de concha recortado en forma semilunar; otros estaban compuestos de una piedra o hueso de forma alargada (como un cigarro) en uno de cuyos extremos iba atada una púa de hueso. Durante la fase siguiente, iniciada hacia 3.600 años a. de C. o un poco antes, los pescadores poseían un equipamiento muy parecido al de la fase anterior, pero aparecen otros elementos que permiten establecer una separación. Se trata de anzuelos ingeniosamente elaborados con espinas de cactus retorcidas, de forma semejante a la de los actuales anzuelos metálicos. Los conchales y sepulturas encierran una amplia gama de objetos frágiles, como textiles, cestería, cuerdas, pieles, etc., además de cuerpos humanos cuyo análisis ha echado algo de luz sobre las características físicas de la población y la patología de la época.

En cuanto a Chinchorro, se trata de un cementerio prehistórico conocido ya desde principios de siglo a través de las investigaciones del arqueólogo alemán Max Uhle. Este lugar ha sido objeto de sucesivas excavaciones, determinándose que se trata del sitio-tipo para una cultura que se difundió a partir de unos cinco milenios antes de nuestra era y cuyo centro de origen es todavía una incógnita. Su característica fundamental es la momificación artificial llevada a cabo mediante el relleno del cuerpo con plantas silvestres y madera, aplicando exteriormente arcilla y materias colorantes. Las momias eran enterradas entre esteras tejidas con fibras vegetales, encontrándose a veces cubiertas con pieles de aves marinas; la cabeza suele portar peluca y un turbante formado por madejas de lana. A nivel de la prehistoria mundial, la técnica de momificación presente en la cultura Chinchorro está entre las de mayor antigüedad conocidas hasta ahora. El ajuar mortuario encontrado en las tumbas es, dentro de la sencillez de los materiales, lo suficientemente rico como para recuperar a través de él una imagen de los elementos presentes en la vida cotidiana de esa sociedad: Plomadas de piedra para líneas de pesca, anzuelos, arpones, cuñas de hueso para arrancar los mariscos desde las rocas, bolsas tejidas y cestos para transportar el producto de la faena, ornamentos de cuentas de concha, restos de vegetales comestibles, etc. También, las tumbas Chinchorro han aportado la evidencia —tal vez la más temprana en Chile— del uso del arco como arma de caza o guerra.

Estas tumbas son siempre colectivas, indicando tal vez agrupaciones familiares u otro tipo de asociación. Por otra parte, hay que hacer notar que en los cementerios atribuidos a esta cultura se encuentran también cuerpos sin tratamiento específico de momificación, lo que podría interpretarse como una forma de diferenciación social o como índice de la presencia de individuos pertenecientes a otro grupo que utilizó los mismos lugares de

enterramiento. Otra conclusión se refiere a la probable existencia de una clase (tal vez sacerdotal) dedicada a la compleja y larga tarea de la momificación, la que pudo exigir varios meses. Como prolongación de esto parece haberse logrado un buen nivel de conocimientos anatómicos, lo que estaría confirmado por un caso de trepanación terapéutica que habría sido observado en uno de los cuerpos. Interpretando estos antecedentes, la arqueóloga Grete Mostny (12, p.. 47) señala que el complejo cultural Chinchorro: *...con su sorprendente cantidad de rasgos culturales asociados, hace pensar que puede tratarse de reducidos grupos intrusivos de gente venida del norte y que vivió a lo largo de la costa de Tarapacá* (según nuestros conocimientos actuales), *pescando y cazando animales marinos y ocasionalmente subiendo al interior y al altiplano para cazar guanacos y vicuñas o para recolectar semillas y frutos silvestres a lo largo de los valles.*

No es posible establecer aquí una lista completa de sitios que han resultado valiosos para el estudio de las primeras poblaciones costeras, pero al menos hay que agregar los de playa Miller (Arica), caleta Camarones y punta Pichalo (Pisagua), punta Blanca (Tocopilla), Abtao (Mejillones) y aquellos situados en las quebradas Las Conchas e Hipódromo (Antofagasta). Otra área arqueológica conocida desde larga data es la que se encuentra en las inmediaciones del puerto de Taltal. Fue a partir de 1914 que Augusto Capdeville, aduanero de esa localidad, comenzó a descubrir y coleccionar primitivos artefactos de piedra, lo que le condujo a transformarse en arqueólogo aficionado y a interesarse seriamente en la prehistoria. Posteriormente, incentivados por estos hallazgos, trabajaron en la zona profesionales de prestigio internacional como Uhle y Bird (ya mencionados), el inglés vecindado en el país Ricardo Latcham y el chileno Aureliano Oyarzún Navarro. Los yacimientos de Taltal, algunos de ellos montículos de conchas y otros restos que alcanzan hasta 3 metros de altura, contienen secuencias de estratos arqueológicos que demuestran una permanente ocupación de esa costa desde por lo menos unos 4 mil años a. de C.

En caleta Huelén, en la desembocadura del Loa, Lautaro Núñez y colaboradores han hallado las ruinas de una de las primeras aldeas de Chile, establecida allí unos 3 mil años a. de C. y cuya vida se prolongó por un par de milenios con dependencia casi exclusiva del mar. Hacia 1.000 años a. de C. el mismo lugar comenzó a ser utilizado como cementerio, al parecer por un grupo indígena con una más acentuada dependencia de la agricultura. Otro interesante aspecto es el de la intercomunicación existente, ya a partir de esa época, entre poblaciones costeras y del interior. Esto ha quedado demostrado en varias oportunidades, pero un ejemplo muy claro es el que han logrado arqueólogos como Patricio Núñez, Vjera Zlatar y otros especialistas del Norte Grande por medio de excavaciones efectuadas en dos lugares de la pampa del Tamarugal —Tiliviche y Aragón— situados a 32 kilómetros de Pisagua y cuya máxima antigüedad podría alcanzar hasta unos 7 mil años a de C. Los ocupantes de ambas aldeas no sólo consumieron y emplearon productos locales, sino que también mariscos y peces, hábito que se acentuó hacia unos 3.200 años a. de C. El análisis de los restos de fauna recuperados indica un alto porcentaje de consumo de choros y locos; además, especies como jurel, sardina, pez espada y mamíferos marinos.

Agustín Llagostera, de la Universidad del Norte, indica en una reciente publicación que en el desarrollo cultural de los grupos autóctonos pueden verse tres etapas o "dimensiones" en la conquista económica del mar. La primera fue la conquista de la "dimensión longitudinal", es decir, el acceso a los recursos presentes en la orilla, sobre la franja intermareal, lo que en la zona de Antofagasta parece haberse iniciado por lo menos unos 7.500 años antes de nuestra era. Esta fue seguida por la conquista de la "dimensión batitudinal", o sea, el acceso a recursos ictiológicos de profundidad, fundamentalmente con el empleo de líneas de pesca (aproximadamente 5.500 años a. de C.). Finalmente, se

emprendió la conquista de la "dimensión latitudinal", es decir, una ampliación del espacio marítimo explotable mediante el uso de balsas, alcanzando aguas más profundas (Llagostera: 10, 1989, p. 58). A través de este lento proceso el mariscador prehistórico se convirtió en pescador y marino.

Los changos

En cuanto a los indígenas históricos de este mismo litoral, los más conocidos fueron los changos, de los cuales se conservan descripciones hechas por cronistas, viajeros y funcionarios de la administración española. Refiriéndose a Cobija, la arqueóloga Bente Bittmann señala que la documentación de los siglos XVII y XVIII registra la presencia, además de los changos, de por lo menos otros tres grupos de aborígenes costeros conocidos localmente como uros, camanchacas y pro-anches. Estos últimos nombres plantean problemas de carácter etnológico sobre los que no es el caso referirse en este momento. Como lo advierte el etnohistoriador J.L. Martínez (11, p. 165) : *...surge la posibilidad de que algunas de es las denominaciones no designen necesariamente etnias distintas, sino grupos con prácticas productivas más o menos especializadas que conllevarían una valorización social.*

Para los viajeros europeos de la época estas poblaciones llamaban la atención por su género de vida primitivo y su relativo nomadismo, pero además por la intensiva explotación que hacían de los mamíferos marinos. Bittmann (3, p. 328) hace notar que se destacaba *...el aprovechamiento de diferentes partes del lobo marino, especialmente para la construcción de balsas, pero también para viviendas, vestimenta, recipientes, cordelería y alimentos. De las fuentes escritas se desprende que su economía era gran parte autosuficiente, en el sentido de que estas poblaciones habían logrado adaptarse en forma muy acertada a su medio tan especial. Esto incluía no sólo el mar y las rocas, playas e islas (con peces, mariscos, mamíferos marinos, algas, aves y guano), sino que también la cordillera de la Costa, que les proporcionaba otros tipos de recursos, tales como vegetales (cactáceos, etc.) y fauna terrestre (guanaco} en mayor o menor cantidad.*

Además disponían de ciertos excedentes (fauna marina seca y/o salada, guano, conchas marinas) que les permitían conseguir algunos productos —coca, maíz, papas, calabazas, telas, por ejemplo— de otros medios ecológicos por trueque. Además hay referencias a intercambios establecidos entre los grupos pescadores a lo largo de la costa. En términos generales, tales deben haber sido las características básicas compartidas por la población de Cobija con los demás pescadores en el momento del contacto con los europeos.

El investigador Horacio Larraín Barros (9, p. 437) reproduce, del *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales o América*, de Antonio de Alcedo y Herrera (Madrid, 1786-1789), el siguiente párrafo sobre Cobija a fines del siglo XVIII: *...se ocupa su vecindario en la pesca de congrios, que con el nombre de salados o charquecillos llevan con abundancia a vender á las provincias inmediatas, a la sierra y otras partes; el modo de salir a pescarlos es en balsa de cuero de lobo marino, llena de aire y unas con otras, en que van dos hombres; alguna vez sucede que los bufeos, tiburones u otros peces grandes las revientan y se ven en mucho riesgo los pescadores.*

En 1854 el naturalista alemán Rodolfo Amando Philippi señalaba que todavía existía en Cobija un buen número de cabañas de changos. En 1870 el ingeniero francés A. Bresson tomó contacto con un grupo de ellos, narrando cinco años más tarde sus impresiones en la revista de divulgación geográfica *Le Tour du Monde*. Anotaba: *En Paposos hemos tenido la ocasión de observar indios de la tribu de los changos, curiosos restos de la población primi-*

tiva. Los changos son todos pescadores; del mar extraen el alimento que no les puede dar el desierto, que comienza desde la playa hasta perderse de vista. Escogen, para establecer su aldea, los alrededores de una aguada, cuya agua es frecuentemente mediocre, pero se conforman. Su habitación es de una construcción muy simple: Fijan en la arena cuatro costillas de ballena —las playas están llenas de ellas— y rellenan los espacios con pieles de foca o telas viejas. En el interior no hay que buscar ni cama ni asiento ni mesa: El único mueble es un odre hecho de un estómago de lobo marino y que sirve para el transporte y la conservación de la provisión de agua dulce que traen de la aguada vecina. Para pescar, utilizan embarcaciones muy extrañas, llamadas balsas. Estas están compuestas por dos cilindros de cuero de foca inflados y dispuestos paralelamente. Las extremidades terminan en puntas un poco levantadas y las dos partes del esquife son unidas por pequeños travesaños sobre los cuales se extiende otra piel de lobo marino; es sobre esta especie de puente que se sientan, o arrodillan los changos. Ponen sus embarcaciones en movimiento con la ayuda de remos de madera y se fían mucho de su habilidad para aventurarse en viajes muy lejanos. Los changos se cuentan entre los aficionados más apasionados de las hojas de coca; las mascan continuamente. Muchos de ellos llevan, hacia las ciudades del interior, pescado seco y se aprovisionan por trueque de ese producto tan precioso para ellos.

Junto a datos lingüísticos de interés, Bresson añadía algunos de carácter demográfico: *La raza de los changos no cuenta actualmente más que con 250 a 300 individuos y casi todos han abandonado su lengua nacional por el español.* Es probable que la extinción de este grupo indígena haya ido produciéndose paulatinamente en las tres últimas décadas del siglo pasado. Hay que recordar, por otra parte, que sus balsas —remotos antepasados de nuestros botes inflados— están presentes en viejos documentos gráficos, mostrándolas en la faena de llevar sacos con guano o salitre desde la playa hasta veleros anclados. Es decir, adaptadas a la nueva era industrial que se anunciaba y que pronto las haría desaparecer junto con los últimos descendientes de aquellos que las idearon en la prehistoria.

Los Indígenas costeros del Norte Chico y Zona Central

Sobre la franja costera que va del Norte Chico (o semiárido) hasta la Zona Central existen también numerosos conchales sobre playas abiertas o en pequeñas bahías con roqueríos, pero su contenido es menos variado que en los del litoral nortino debido al clima progresivamente más húmedo a medida que se avanza hacia el sur; hay que añadir la erosión, que ha causado la destrucción de muchos yacimientos cuyo contenido aparece hoy diseminado en la cercanía de las playas; Jorge Iribarren Charlín, que fuera Director del Museo Arqueológico de La Serena, excavó cerca de Coquimbo yacimientos (por ejemplo Guanaqueros y La Herradura) cuyos niveles más antiguos contenían un contexto cultural que incluía anzuelos de concha semejantes a los encontrados en Arica. Otros sitios cercanos a la desembocadura del río Choapa (yacimientos de Huentelauquén) incluyen un tipo de artefacto de función ahora desconocida. Se trata de objetos de piedra cuidadosamente elaborados y formas geométricas regulares de 5 a 20 centímetros de largo o de diámetro, ya sean rectangulares, hexagonales o discoidales. Como en su gran mayoría provienen de parajes erosionados se carece de información estratigráfica y contextual sobre ellos, lo que hace difícil especular sobre su antigüedad. Son una excepción dentro de la arqueología chilena y del continente en general, aunque buscándose elementos de comparación en la costa del Pacífico se ha podido constatar que piezas semejantes fueron fabricadas por los indígenas de la parte meridional de California en tiempos preagroalfareros. La posibilidad de un contacto directo entre dos puntos tan alejados resulta una hipótesis difícil de aceptar a la hora actual y el misterio de su origen y uso sigue en pie.

Un par de siglos luego de iniciada nuestra era los pescadores y mariscadores del Norte Chico recibieron la influencia de otros grupos ya conocedores de la agricultura, de la cerámica y del empleo del cobre. En este sentido, la cultura de mayor figuración es la que conocemos como El Molle, nombre derivado de la localidad del interior de La Serena donde hace medio siglo fuera por primera vez identificada por el arqueólogo Francisco Cornely. La misma área fue ocupada posteriormente (hacia el siglo por los diaguitas, indígenas que fueron incorporados al imperio incaico a mediados del siglo XV; pronto se hicieron presente los españoles. La influencia de la cultura El Molle se hizo sentir también hacia el sur, pero en forma al parecer atenuada, alcanzando hasta aproximadamente el río Maule. Justamente, la región maulina ha resultado de interés en cuanto a la existencia de indicios de las poblaciones costeras prehispánicas. En las dunas de Quivolgo, sobre la margen norte de la desembocadura del Maule, inventariamos en los años sesenta una serie de sitios arqueológicos, lo mismo que 50 kilómetros hacia el sur, en las inmediaciones del cabo Carranza y costa de Chanco, donde esos vestigios abarcan un considerable lapso, tal vez desde el período preagroalfarero de las culturas locales y hasta la Colonia.

Tal como los conchales de la parte septentrional del país, los de la región central están compuestos por un elevado porcentaje de conchas de locos, pero incluyen también otras especies como choros, machas y restos óseos de la fauna local; pueden contener, asimismo, utensilios de piedra, alfarería y tumbas. Entre los más notables se cuentan los situados en Las Cruces, Zapallar y Concón, pero junto a estos y otros sitios relevantes existen inúmeros de menor amplitud, prácticamente en cada segmento de la costa que muestre condiciones aptas para la instalación de un grupo humano. Como es evidente, el paulatino crecimiento de las ciudades del litoral y el acondicionamiento de lugares de veraneo ha atentado contra su conservación. Curiosamente, la Araucanía —sede del más numeroso grupo indígena del Chile actual— permanece mal conocida desde el punto de vista de la prehistoria, incluyendo su costa, que no obstante está jalonada por vestigios de las antiguas poblaciones. Como excepción a esta situación hay que citar las investigaciones llevadas a cabo en los años sesenta por personal de la Universidad de Concepción, tanto en las vecindades de esa ciudad como en la isla Quiriquina. Igualmente las prospecciones emprendidas el último decenio en el área de Lebu (entre las puntas Locombre y Morgüilla) y en la provincia de Chiloé con participación de miembros del Museo Regional de la Araucanía, de Temuco. A esto hay que sumar trabajos arqueológicos efectuados los últimos años, por ejemplo, cerca de Puerto Saavedra, dando a entender que se ha despertado un auténtico interés por indagar sobre el pasado lejano del área.

Desde Chiloé a Tierra del Fuego

El laberinto de canales, que comienza en el archipiélago de Chiloé y concluye en el cabo de Hornos, guarda centenares de sitios arqueológicos de variada magnitud conteniendo restos de campamentos de nómadas canoeros que a lo largo de milenios subsistieron de la recolección de mariscos, la pesca y la caza de especies, tanto terrestres como marinas (guanaco, huemul, lobo de mar, nutria, eventual aprovechamiento de ballenas varadas sobre las playas, etc.); complemento importante en su alimentación fue el consumo de algunos vegetales y la captura de aves acompañada de la recolección estacional de sus huevos. Por influencia de grupos indígenas situados inmediatamente al norte, los de Chiloé llegaron a conocer en tiempo prehispánico el cultivo de la tierra y la alfarería, pero desde allí hacia el sur —al igual que los nómadas terrestres de la Patagonia atlántica— los canoeros nunca tuvieron agricultura ni animales domésticos, con la sola excepción del perro, sin que se sepa con certeza en qué momento de la prehistoria o de la protohistoria fue introducida hasta allí

esta especie. No obstante las limitaciones señaladas, sin duda motivadas por el medio mismo, estos hombres del sur desarrollaron formas de vida extremadamente bien adaptadas a esa región, una de las más inhóspitas del continente.

El conocimiento del pasado cuenta en el litoral austral con precedentes que remontan al siglo XVI, aunque no se trata de observaciones científicas sino de hallazgos casuales efectuados por marinos en tareas de reconocimiento o por circunstancias derivadas de un naufragio. El cronista Gerónimo de Bibar cuenta cómo en noviembre de 1553, mientras participaba en la expedición dirigida por el Capitán Francisco de Ulloa, debió permanecer ocho días en una bahía de la península de Taitao. Recorriendo las inmediaciones junto con otros miembros de la tripulación, dieron con una inmensa gruta en cuyo interior vieron vestigios de presencia humana y huellas de lo que supuso eran perros. La obscuridad y amplitud del lugar debieron impresionar profundamente a aquellos supersticiosos hombres de mar, porque —como anota Bibar— *pusímosle por nombre la Cueva Infernal*. El caso no es único, ya que dos siglos más tarde, en 1741, los naufragos de la fragata británica *Wager* descubrieron una gruta semejante en la costa del golfo de Penas, la que contenía restos humanos dispuestos sobre plataformas de madera. Otra observación de parecido carácter proviene del relato de la navegación por el estrecho de Magallanes de la flota holandesa de Joris van Spielberg, en 1615. Habiendo desembarcado un grupo de tripulantes en una de las islas vecinas a la Segunda Angostura, observaron la presencia de una tumba indígena e impulsados por la curiosidad procedieron a abrirla, comprobando que contenía dos cuerpos envueltos en pieles de pingüino.

A fines del siglo pasado se pudo asistir a una nueva etapa en el interés por estudiar los más diversos aspectos de las lejanas tierras del extremo meridional de América, incluyendo su población autóctona y el pasado de ésta. Un estudio pionero fue el de Doménico Lovisato, incorporado como geólogo a la expedición encabezada por el Teniente de Navío de la Marina Real italiana Giacomo Bove. Su contribución consistió en el brevísimo estudio de uno de los sitios arqueológicos ubicados en la isla Isabel en el estrecho de Magallanes. No obstante, hubo que esperar hasta los años treinta de nuestro siglo para ver el comienzo de una actividad arqueológica sistemática y continua. En efecto, fue a partir de 1932 que fueron iniciadas las investigaciones del estadounidense Junius B. Bird, el mismo que unos años más tarde trasladara su inquebrantable interés por la prehistoria de Chile hacia el extremo norte, período de actividad que diera los resultados a que nos hemos referido en anteriores páginas.

Conviene aquí hacer un paréntesis para interrogarse sobre las causas de la ausencia de instituciones e investigadores de nuestro país, en esos trabajos. Suponemos que en gran medida se debía a dos factores; el primero de los cuales era el difícil acceso a la zona austral, lo que se traducía en costos de traslado de personal y equipo lo suficientemente elevados como para que los museos (entonces los principales núcleos de investigación) no pudiesen enfrentarlos. Así, los primeros arqueólogos del país dedicaron gran parte de su actividad al estudio de la Zona Central, no lejos de sus bases permanentes. Existe un segundo factor, decisivo éste, en relación con la incorporación al territorio nacional, luego de la Guerra del Pacífico, de regiones que demostraron ser excepcionalmente ricas en vestigios prehispánicos y que en consecuencia fueron concentrando paulatinamente el interés de los arqueólogos, en desmedro de otras zonas. El cuadro trazado es, desde luego, muy esquemático en su fundamentación, pero refleja la situación hacia la época de los primeros pasos de la arqueología nacional, cuyos inicios han sido fijados tentativamente hacia 1882, año en que fue publicado el libro *Los aborígenes de Chile*, obra temprana de José Toribio Medina, quien luego —dejando de lado esta faceta del pasado— volcó su interés hacia la historia. Este

centralismo intelectual en relación con la región magallánica quedó bien sintetizado en un par de líneas de un curso dictado en París en 1922 por S. Zaborowsky, quien decía: *¿Qué importancia tienen esas regiones? Los chilenos no saben nada y no se preocupan en absoluto. ¿Han estado siquiera pobladas en el pasado?*

Retomando el tema de las investigaciones de Junius B. Bird en la región insular austral hay que hacer notar el cariz de aventura que asumieron en algunos momentos, especialmente cuando desde diciembre de 1934 recorrió durante cinco meses, en compañía de su esposa, el extenso sector comprendido entre Puerto Montt y el canal magallánico. Para esto emplearon una embarcación chilota de sólo 6 metros de eslora, propulsada a vela y asistida por un pequeño motor de limitado uso debido a la imposibilidad de reabastecerlo de combustible durante el trayecto. Como producto de sus exploraciones y estudios, Bird distinguió en la prehistoria del litoral austral dos fases culturales con muchos puntos en común, debido a que ambas derivaban de formas de vida en gran medida determinadas por una extrema especialización en la explotación de los recursos naturales litoráneos, pero en la fase más antigua hay un elemento sobresaliente por su frecuencia. Se trata de "cuchillos" obtenidos por el simple procedimiento de afilar en bisel el extremo semicircular de una gran valva de choro, tal vez la herramienta más elemental que estuvo en manos del indígena americano, pero al mismo tiempo perfectamente ajustada a las funciones de cortar o raer y además fácil de producir y fabricada a partir de un material en extremo abundante; la valva así preparada podía recibir un corto mango de madera, a la que era atada con una fina tira de cuero. Bird denominó esta fase cultural como "del Cuchillo de Concha". El empleo de este artefacto se prolongó por siglos y hasta la época histórica, desapareciendo luego que los nativos de los canales comenzaron a apreciar las ventajas del metal, conocido a través de sus contactos con navegantes, cazadores de animales de pieles finas y colonos en general.

Desde luego, disponían de otras materias primas, como los huesos de diversas especies y las astas de huemul, con las que fabricaban agujas y los mejores arpones, además de piedras seleccionadas cuidadosamente para la preparación de artefactos que completaban su equipamiento. Las viviendas tenían planta oval y estaban formadas por una estructura de varas, enterradas en el suelo, cubiertas con pieles, adoptando el conjunto una forma de cúpula; pudieron ser vistas hasta época reciente sobre las playas de la región de los canales. En las islas más australes —del Beagle al sur— Bird comprobó que si bien los contextos arqueológicos eran muy parecidos a aquellos encontrados más al norte, sin embargo existía un elemento que establecía una diferencia. No se trataba en este caso de un objeto en particular sino que de una nueva modalidad de habitación, aunque utilizando iguales materiales. La base era circular (unos cinco metros de diámetro) y la forma cónica; otra característica es que la choza era ubicada al interior de una excavación circular de aproximadamente un metro de profundidad, tal vez buscándose una protección complementaria contra el viento. Esta particularidad indujo a Bird a referirse a una fase cultural de "Casas Pozo". A pesar de la calidad de sus observaciones, Bird no encontró en la región de los canales —como le ocurriría más tarde en el norte del país— una bien evidente superposición de niveles arqueológicos interpretables en términos de cultura y cronología. Por esta razón subsistió largo tiempo la incógnita sobre la antigüedad de la presencia de pescadores primitivos, en el litoral austral.

Nuevos y valiosos antecedentes aportaron 7 las misiones etnológicas y arqueológicas francesas que desde 1946 comenzaron su actividad bajo la dirección de Joseph Emperaire y más tarde de su esposa Annette Laming. En 1952 el primero de ellos excavó un sitio arqueológico en la isla Englefield (seno Otway) del cual extrajo junto a elementos ya conocidos, otros de rasgos diferentes, destacándose unas puntas de arpón de morfología

distinta a las encontradas en otros sitios. Estos y otros artefactos de hueso y asta de huemul habían sido cuidadosamente decorados con líneas geométricas grabadas; como materia prima para la fabricación de un alto porcentaje de los instrumentos de piedra se había empleado obsidiana, vidrio volcánico escaso en la región. La posición del sitio sobre una antigua terraza marina de una quincena de metros reafirmó la impresión de que se trataba de vestigios mucho más antiguos que los descubiertos hasta entonces sobre esa costa, dejados por pescadores de un pasado ya remoto. Estas conclusiones se vieron confirmadas veinte años más tarde por excavaciones llevadas a cabo por este autor en dos sitios vecinos a la punta Santa Ana, en el estrecho de Magallanes, investigaciones que estuvieron patrocinadas por el Instituto de la Patagonia. La edad de estos yacimientos arqueológicos se remonta hasta cuatro y medio milenios antes de nuestra era. En años recientes la arqueóloga francesa Dominique Legoupil ha efectuado varias campañas de terreno, especialmente en la región del Otway y fiordo Silva Palma.

Como conclusión

La bibliografía concerniente a la arqueología del litoral chileno es ya abundante. Para esta síntesis, sin embargo, hemos empleado un corto número de publicaciones y mencionado sólo algunos de los investigadores e instituciones que se han preocupado de ella. Al actuar así hemos tenido presente que esta sumaria exposición de antecedentes no pretende alcanzar otro objetivo que atraer la atención hacia el pasado de nuestras costas y sobre la necesidad de respetar y conservar sus testimonios, poniéndolos de esta manera a disposición de científicos que —valiéndose de métodos adecuados— puedan estudiarlos, interpretarlos y darlos a conocer.

A nuestro entender, constituye una contribución a la formación de una conciencia marítima el alcanzar por medio de la arqueología —y ciencias afines— un conocimiento cada vez más exhaustivo de los grupos humanos que poblaron este litoral y que por milenios supieron explotar con equilibrada eficacia sus recursos. Como era señalado hace poco desde estas mismas páginas, *...la conciencia marítima es similar a la toma de conciencia de tantas otras realidades de este mundo. Para que crezca la conciencia marítima entre los chilenos, primeramente debemos conocer e investigar, para conocer más y en forma más exacta las realidades referentes al mar y a las áreas litorales (...) La educación y formación de la conciencia marítima, la vida junto al mar, trabajar e investigar nuestro mar son los medios y los procesos que nos llevan al desarrollo del Chile oceánico (17, pp. 629-630). Esta "conciencia marítima" era definida en otro artículo como la clara concepción mental de que hay una vinculación positiva entre el mar y el hombre, sea a nivel individual, grupal o nacional, que éste, lógicamente, busca aprovechar y estrechar (4, p. 207). A partir de esto puede deducirse que dentro de la población prehispánica del actual territorio chileno hubo grupos cuya conciencia marítima alcanzó un grado extremadamente alto, desarrollando formas culturales absolutamente vertidas hacia una vinculación población-mar.*

En otra oportunidad, refiriéndonos a los últimos aborígenes marítimos de nuestra geografía (los Qawasqar o Alakaluf y los Yámana o Yahgan), nos preguntábamos acerca de cuál fue el lugar que les cupo en el ámbito de la América anterior al viaje colombino y qué papel desempeñaron estos pueblos en la historia general de la cultura. A primera vista su contribución puede parecer modesta, pues no dejaron tras sí obras materiales de envergadura, y prácticamente lo mismo podría aplicarse a los indígenas costeros prehispánicos del resto de Chile. No obstante, creemos no exagerar si afirmamos lo contrario, porque recorriendo, descubriendo, poblando las costas y constatando la riqueza del océano, añadieron esos territorios al *habitat* del hombre americano. Buscando una interpretación más amplia habría que

agregar que esos hombres de mar de la prehistoria constituyeron la avanzada de la Humanidad sobre el litoral meridional de nuestro continente.

BIBLIOGRAFIA

- **Berdichewsky, B.:** *El precerámico de Taltal y sus correlaciones*, Centro de Estudios Antropológicos, Univ. de Chile, 1962.
- **Bird, J.B.:** "Antiquity and Migrations of the Early Inhabitants of Patagonia", *Geographical Review* 28, pp. 250-275, New York, 1938.
- *Excavations in Northern Chile*. American Museum of Natural History, New York, 1943.
- **Bittmann, B.:** "Cobija y alrededores en la época colonial (1600-1750)", en *Actas VII Congreso de Arqueología de Chile*, pp. 327-356, Altos de Vilches, 1977.
- **Collados Núñez, C.:** "Conciencia marítima", *Revista de Marina* 2.1989, pp. 207-212, Valparaíso.
- **D'ans, A.M.:** "Chilueno o Arauco, idioma de los changos del norte de Chile, dialecto mapuche septentrional", *Estudios Atacameños* 4, pp. 124-130, San Pedro de Atacama, 1976.
- **Dauelsberg, P.:** "Excavaciones arqueológicas en Quiani (Prov. de Tarapacá, Depto. Arica)", *Chungará* 4, pp. 7-38, Univ. del Norte, Arica, 1974.
- **Emperaire, J. & A. Laming:** "Les gisements des îles Englefield et Vivian dans la mer d'Otway, Patagonie australe", *Journal de la Société des Américanistes* 50, pp. 7-75, Paris, 1961.
- **Iribarren, J.:** "Correlations between Archaic Cultures of Southern California and Coquimbo, Chile", *American Antiquity* 27, pp. 424-425, 1962.
- **Larraín Barros, H.:** "Cobija y el interior de Antofagasta en 1864; relato de un viaje", en *Actas VII Congreso de Arqueología de Chile*, pp. 429-441, Altos de Vilches, 1977.
- **Llagostera Martínez, A.:** "9.700 years of maritime subsistence on the Pacific: An analysis by means of bioindicators in the North of Chile", *American Antiquity* 44, pp. 309-324, 1979.
- "Caza y pesca marítima", en *Culturas de Chile, Prehistoria*, pp. 57-79, Edit. Andrés Bello, Santiago, 1989.
- **Martínez; J.L.:** "Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el Corregidor de Atacama don Juan de Segura (19 de julio de 1591)", *Cuadernos de Historia* 5, pp. 161-171, Santiago, 1985.
- **Mostny, G.:** *Prehistoria de Chile*, Santiago; 1980, 5ª edic.
- **Núñez Atencio, L.:** "Desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile", *Estudios Arqueológicos* 1, pp. 37-115, Antofagasta, 1965.
- **Núñez Henríquez, P & V. Zlatar Montan:** "Tiliviche 1b y Aragón-1 (estrato v); dos comunidades precerámicas coexistentes en pampa del Tamarugal, Pisagua, norte de Chile", en *III Congreso Peruano El Hombre y la Cultura Andina*, pp. 734-756, Lima, 1978.
- **Ortiz-Troncoso, O.R.:** "Sitios arqueológicos en la costa de la provincia del Maule", *Antropología* 1, pp. 89-101, Univ. de Chile, 1963.
- "La navegación indígena en el confín austral de América", *Revista General de Marina* 188, pp. 601-610, Madrid, 1975.
- "Ancestros de los pescadores australes" en *Culturas de Chile, Prehistoria*, pp. 367-379, Edit. Andrés Bello, Santiago, 1989.
- **Rivera, M.A.:** "Cronología absoluta y periodificación en la arqueología chilena", *Boletín Museo Arqueológico* 16, pp. 13-41, La Serena, 1977-78.
- **Sepúlveda Ortiz, J.:** "Conciencia marítima... Una nueva definición de Chile", *Revista de Marina* 6/1988/ pp. 629-630, Valparaíso, 1988.